

LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

INTRODUCCIÓN AL NUEVO TESTAMENTO

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 4

IV. Inicios del cristianismo

1. El cristianismo y la adoración al emperador
2. Vida y ministerio de Jesús
3. La iglesia primitiva
4. El programa evangelístico
5. Condiciones sociopolíticas para el evangelio
6. Símbolos cristianos de los primeros siglos



IV. Inicios del cristianismo

1. El cristianismo y la adoración al emperador

La relación de los cristianos con el Imperio romano, precisamente con el culto imperial, es una temática recurrente en los escritos del cristianismo primitivo y en las historias de la antigua Roma.

Muchos de estos autores afirman que los cristianos rechazaron el culto al emperador, pero al mismo tiempo se sometieron al Imperio, siempre y cuando no interfiriera en su relación con Dios ni en el avance de Su reino en la tierra. Al mismo tiempo que se negaban a practicar el culto imperial, no demostraban antipatía contra el emperador, al que ellos mismos predicaban deberle obediencia, tanto a él como a sus funcionarios. Como ciudadano romano, Pablo apeló al tribunal imperial, poniéndose tal vez como ejemplo de la confianza que los cristianos podían depositar en la justicia imperial, aunque siempre enseñó que la justicia de Dios estaba por encima de todo Gobierno, pues, un día, el Señor irrumpiría de manera inminente en el mundo; Jesús retornaría y los muertos resucitarían. El apóstol Pablo conocía muy bien la diferencia entre el mundo espiritual y el carnal: el verdadero reposo de los cristianos estaba en los cielos, no en la tierra.

Jesús dijo en una ocasión: *“Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”* (Mt. 22:21). Esta enseñanza habla respecto a la lealtad política y el sometimiento al poder, separándolo directamente de la soberanía divina, a la que debían adoración y entera obediencia por encima de toda autoridad. De esta manera, de forma implícita, Jesús se opone a la adoración al emperador, pues esto claramente sería dar al César lo que es de Dios.

Los cristianos, al igual que los judíos, eran monoteístas, por lo que se opusieron a la adoración a los dioses romanos y al emperador.

El investigador Donald L. Jones dijo: *“... desde la perspectiva del cristianismo primitivo, el culto imperial fue el abuso más grave cometido por el Imperio romano”*. Los cristianos no querían rendir los honores reservados para Dios a ningún hombre. Jones afirma además que Jesús demostró tener algunas diferencias con el dominio imperial cuando dijo: *“Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores”* (Lc. 22:25). Sin embargo, Jesús no expresó un rechazo directo por las autoridades romanas, sino que elevó Su Reino sobre toda autoridad terrena, enseñando las leyes que regirán cuando Él gobierne sobre todas las naciones: *“Yo, pues, os asigno un Reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel”* (vv. 29-30).

Otro pasaje bíblico que nos da pistas respecto a la relación de los cristianos con el Imperio es Romanos 13:1-7: *“Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que*



no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno y serás alabado por ella, porque está al servicio de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme, porque no en vano lleva la espada, pues está al servicio de Dios para hacer justicia y para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia, pues por esto pagáis también los tributos, porque las autoridades están al servicio de Dios, dedicadas continuamente a este oficio. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra". Pablo enseñó sobre la lealtad y obediencia a las autoridades políticas, a pesar de escribir estas palabras bajo el Gobierno de Nerón (54-59). Sus expresiones dejan ver un gran respeto por el emperador. Sin duda, para Pablo, el poder político era legítimo y los cristianos debían someterse a este. Al igual que Jesús, Pablo enseñó que debía darse al soberano lo que era suyo por derecho, siempre y cuando no interfiriera en las obligaciones para con Dios.

Muchos estudiosos del tema ven en el libro de Apocalipsis una actitud de rechazo ante la práctica del culto imperial. La referencia a la ciudad de Pérgamo como el lugar donde está el trono de Satanás (Apocalipsis 2:13) parecería ser un guiño al culto imperial en Asia Menor, pues este fue el primer centro de culto al César de esta región. Por otra parte, la adoración de los veinticuatro ancianos: "*Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder...*" (Ap. 4:11), según estos eruditos, es una protesta contra el culto imperial, al igual que Apocalipsis 17:14: "... *Señor de señores y Rey de reyes...*". Sin descartar los aspectos proféticos de este libro, podría tratarse de un mensaje claro de que Jesús estaba por encima de cualquier autoridad romana, incluso la del emperador. Sin duda, un mensaje como este no pasaría desapercibido para un lector de ese tiempo.

Un grupo de judíos y gentiles de Tesalónica acusaron a Pablo y a sus compañeros de trastornar el mundo entero, no obstante, su acusación era puntual: "*Todos ellos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús*" (Hch. 17:7). Es de sentido común pensar que dentro de estos decretos imperiales estuviesen aquellos relacionados con el culto imperial, lo que creó un conflicto político en los nuevos cristianos de Tesalónica. El apóstol Pablo los exhortó a soportar con paciencia las tribulaciones, mientras esperaban la *parousia*, la manifestación de Cristo. Por lo tanto, aunque los cristianos se oponían al culto imperial, intentaban estar en paz y mantener una buena imagen ante la comunidad. Lo mismo podemos ver en la Carta a los romanos.

Pablo utiliza en la Carta a los romanos conceptos como "evangelio", "fidelidad", "justicia" y "paz" que contrastan con la teología imperial. Durante el Principado, Augusto promovió la adoración al César a través de "las buenas nuevas" (evangelio), anunciando que el César era el salvador que traía la paz al mundo, representando la fidelidad y justicia romana. El anuncio paulino de que Jesús es el verdadero



Salvador y Rey se opone a la simbología del Imperio. Cristo había muerto, en un pacto unilateral, para liberar a la humanidad y firmar la paz, con el fin de que pudiéramos acercarnos a Dios. Por lo tanto, Pablo afirmaba que Jesús era todo aquello que el César pretendía ser: el representante y mediador de la humanidad, además del gobernante supremo de este mundo.

De todas formas, los cristianos apuntaban a la buena convivencia con las autoridades. Filón de Alejandría, contemporáneo de Pablo, había acuñado el término “contexto vivencial” lo que más tarde el protestante alemán German Gunkel adoptaría para la investigación teológica como *Sitz im Leben*. Filón de Alejandría diseñó estrategias para lidiar con las autoridades imperiales en situaciones difíciles, protestando con cautela y prudencia. Pablo hace énfasis, en su Carta a los romanos, en la manera correcta de percibirse a uno mismo y a los demás, en el sometimiento a Dios, en la convivencia pacífica y en el amor por el prójimo.

Unos meses después de fundada la iglesia en Tesalónica, Pablo continuó con su viaje misionero. Durante su ausencia, la persecución hizo que los tesalonicenses tomaran una postura muy epicúrea de “retirarse de la sociedad”. Esto no agradó a Pablo, quien no veía bien exponerse de esa manera a la crítica de la comunidad. Tampoco veía bien aislarse de la sociedad, sino que su enseñanza se basaba en vivir una “vida social tranquila”, es decir, continuar con las actividades cotidianas, trabajar y practicar el amor mutuo, con el fin de recibir la honra de los de afuera. Los capítulos 12 y 13 de Romanos tocan temas como la responsabilidad civil, la ira, la autoridad, el pago de tributos y el amor. La declaración de Pablo de Romanos 12:2: *“No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*, no pretende ser un llamado a apartarse del mundo, sino a no conformarse al *skema* (‘esquema’), es decir, las modas o costumbres pecaminosas de los mundanos, incluido el culto al emperador. Sin embargo, Pablo no rechazó ninguna costumbre romana que no se opusiera a la moral cristiana.

Es decir, el apóstol no predicaba la obediencia incondicional al emperador o al Imperio romano, sino que enseñaba a someterse a las autoridades de manera voluntaria (“deber de conciencia” [Ro. 13:5]), basado en la falta de poder innato de estas instituciones, pues toda autoridad proviene de Dios y, por lo tanto, es presumiblemente justa; como dice el propio pasaje, son “servidores de Dios para hacer justicia” y “funcionarios de Dios”. Por lo tanto, el respeto y honor a las autoridades no se relacionaba con el culto imperial, sino con un reconocimiento del “orden divino”.

Para Pablo el Imperio romano no representaba el poder legítimo, sino el mundo ordenado por Dios.



2. Vida y ministerio de Jesús

Gracias al evangelio de Lucas podemos fechar de manera aproximada el nacimiento de Jesús. El evangelista lo relaciona con el decreto de Augusto César y el empadronamiento de Cirenio. Esta es la razón por la que Jesús nacería en Belén y no en Nazaret. El empadronamiento se dio durante los últimos años del rey Herodes, quien murió en el 4 a. C., cuando Cirenio llevaba ya dos años gobernando Siria. Por lo tanto, el natalicio de Jesús podría ubicarse entre el 6 y el 4 a. C., sin embargo, lo más relevante de su nacimiento son los acontecimientos que lo rodean. Lucas narra el encuentro del ángel Gabriel con María y el anunciamento del nacimiento de Jesús. La salutación literal del ángel Gabriel fue “¡Salve, muy favorecida!”. Gabriel estaba por anunciar el privilegio que esta mujer tendría de concebir y dar a luz a Jesús (nombre griego que equivale al hebreo “Josué”, ‘Jehová es mi salvación’ o ‘Salvador’). El ángel explicó a María que el Espíritu Santo vendría sobre ella y que, por medio de un acto creativo, concebiría.

Su nacimiento en un pesebre de Belén, por no haber encontrado José una posada para su esposa embarazada (a causa del censo), provocó una serie de acontecimientos, como la ira de Herodes, el viaje de los sabios de Oriente y la aparición de los ángeles a un grupo de pastores y su adoración al niño.

A los ocho días, el niño fue circuncidado según la ley. Le habían puesto por nombre Jesús. Luego de los cuarenta días de purificación, Jesús fue incorporado al pueblo de Israel por medio de una presentación en el templo, entregando el dinero del rescate llamado “redención del primogénito” (Levítico 12:1-8 y Éxodo 13:2, 12). Allí recibió la bendición de Simeón (o bien podríamos decir, Simeón recibió la bendición del niño), y la profecía de Ana.

De vuelta en Belén, Jesús recibió la visita y adoración de los magos de Oriente. Herodes, sabiendo del nacimiento del “rey de los judíos”, había mandado a asesinar a los niños de Belén menores a dos años, por lo que José, siendo avisado por Dios, huyó con su familia hacia Egipto, donde vivieron hasta la muerte de Herodes. En su regreso, decidieron viajar a Nazaret, lugar donde Jesús había sido criado.

A los doce años, la edad en que los niños judíos se convierten en adultos (“hijos de la ley”) y deben cumplir con las obligaciones de la ley, Jesús viajó con sus padres a Jerusalén por motivo de la Pascua. La ciudad estaba llena de viajeros que venían de muchas partes del Imperio (entre 60 000 y 100 000 personas en la ciudad), por lo que no es extraño que María y José perdieran a Jesús, sobre todo si consideramos la fascinación que el niño tendría por el templo. Finalmente lo encontraron entre los eruditos de la ley, quienes se asombraban por su conocimiento de las Escrituras.

La vida de Jesús fue normal en todas las etapas de crecimiento, desde la niñez hasta la juventud. Es posible que José muriera durante su adolescencia y recayera sobre él el cuidado de la familia en lo concerniente al sustento.



Tiempo después, Jesús se encontró con su primo, Juan el Bautista, quien bautizaba a las personas como un símbolo del arrepentimiento moral. Jesús inaugura su ministerio público a través del bautismo de Juan, a pesar de no tener nada por qué arrepentirse, pues no había pecado en él. Su bautismo tenía que ver más con una consagración a Dios y un acto público que lo identificara con su pueblo: *“Fue contado con los pecadores”* (Is. 53:12). En cierto sentido, él estaba asumiendo, desde el comienzo de su ministerio, que cargaría con el pecado de toda la humanidad. Por otra parte, al bautizarse, aprobaba públicamente la obra de Juan el Bautista como algo divino.

Lucas nos cuenta lo que sucedió en el bautismo de Jesús: *“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”* (Lc. 3:21-22).

Posteriormente, Jesús se dirigió al desierto para ayunar durante cuarenta días como un voto de entera consagración a Dios. Durante ese tiempo sería probado y experimentaría lo que experimentan los hombres al ser tentados. La tentación provino del propio Satanás, por lo que su victoria fue una señal profética de la derrota final del diablo. Jesús nos enseñó que podemos como hombres alcanzar también la victoria.

Satanás tentó a Jesús en tres áreas distintas: en su mente, en su cuerpo y en su espíritu: *“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue **tentado en todo** según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (He. 4:15).

El ministerio de Jesús comenzó en Judea, donde tuvo contacto con sus primeros discípulos, purificó el templo y habló con Nicodemo. Hasta el encarcelamiento de Juan el Bautista, el Señor no había salido de Judea. Luego de este lamentable acontecimiento, continuó su ministerio en Galilea. Precisamente, es de camino a esta provincia que se encuentra con la mujer samaritana.

Galilea era la tierra donde había crecido Jesús. La mayoría de los relatos de los evangelios que narran la última semana de Jesús, antes de su muerte, se sitúan en la región de Galilea. En Galilea Jesús enseña públicamente, hace milagros y es glorificado. Las noticias sobre los milagros y enseñanzas de Jesús en esta región se esparcieron por toda la tierra de Palestina.

El primer sermón del Señor es predicado en Nazaret, donde Jesús da a entender, por medio de la lectura de Isaías, que él era el Mesías, quien tenía el ministerio de la sanidad y la liberación, quien liberaría a los cautivos, quien daría vista, tanto física como espiritual, a los ciegos (o “abriría la prisión de los encadenados” según la Biblia Hebrea), quien, además, iniciaría la era de la salvación, el año agradable al Señor. Al principio, los nazarenos se maravillaban, pero muy pronto su actitud cambió. Ese día no solo lo rechazaron, sino que además intentaron matarlo.

Según los evangelios, Jesús pasó el mayor tiempo de su ministerio en Galilea, donde grandes multitudes se reunían para escuchar sus enseñanzas. Su popularidad creció estando en esta región.



Tras ser rechazado en Nazaret, Jesús se trasladó a Capernaúm, en la ribera occidental del mar de Galilea, lugar donde llamó a sus primeros discípulos, exactamente a la orilla del lago Genesaret o mar de Galilea. Jesús ministró en las ciudades de la ribera occidental y septentrional. La parte oriental estaba deshabitada, convirtiéndose más bien en un lugar de descanso.

Luego, Jesús emprendió una intensiva evangelización en Galilea, visitando las sinagogas, las casas, las riberas y las regiones montañosas.

Su ministerio en Galilea estuvo acompañado de milagros, como la liberación de un endemoniado, la sanidad de la suegra de Pedro, la sanidad de un centurión y la resurrección del hijo de la viuda de Naín, entre otros. Marcos nos habla además de algunas costumbres de Jesús por ese tiempo, como, por ejemplo, levantarse temprano y trasladarse a lugares solitarios, con el propósito de tener un tiempo de comunión íntima con su Padre antes de comenzar con las actividades diarias.

El Señor salió un tiempo de Capernaúm, donde siguió haciendo milagros, como fue el caso de la sanación del leproso. Sin embargo, luego de recorrer toda Galilea, volvió a esta ciudad. Los fariseos y escribas del lugar se le opusieron por haber mostrado misericordia y aceptación hacia personas que ellos consideraban, además de pecadoras, intocables.

Sus enseñanzas iban muchas veces en contra de la tradición impuesta por los ancianos. Los conflictos entre Jesús y los maestros de la ley son moneda corriente en los evangelios, por ejemplo, se le cuestionó al Señor haber perdonado los pecados del parálítico, a pesar de haber hecho un milagro de sanidad en él (Marcos 2:1-12). Además de este, otros temas, como el ayuno o el día de reposo, tensionaban la relación de Jesús con estos religiosos. Su odio hizo que Jesús se retirara para evadir las conspiraciones tramadas para matarlo. El Señor instituyó al grupo de los doce, sabiendo que la oposición de los religiosos lo llevarían hacia el destino esperado. Era necesario entonces preparar a hombres que continuaran con su obra.

El ministerio de Jesús tuvo al menos tres aspectos: la enseñanza, la predicación y la sanidad, siendo el más importante la enseñanza, la doctrina de Aquel que lo había enviado (Juan 7:16). Los métodos de enseñanza variaban según la ocasión, la capacidad y preparación de sus oyentes: desde la máxima sencillez de las parábolas hasta los discursos dialécticos en el templo y su resonancia apocalíptica. El método de enseñanza de Jesús no era nuevo: se practicaba en las escuelas rabínicas de la época. No obstante, el Señor mejoró la técnica, empleando un estilo gráfico, vívido, argumentativo, objetivo y de preguntas y respuestas, con el fin de enseñar temas como el reino de Dios, la relación personal con Él, la ética, y su propia persona, carácter y obra. Es por este motivo que Jesús es reconocido por sus grandes discursos, como es el caso del famoso Sermón del Monte.

En el segundo viaje por Galilea, cuando Jesús salió a predicar, se vio acompañado de un grupo de mujeres que habían experimentado algún tipo de sanidad de su parte.



Sin duda, estaba libre de los prejuicios de su tiempo que denigraban a la mujer. El Señor no era rico, sino que, tanto él como sus discípulos, necesitaban del sustento y ayuda de otras personas.

Mateo describe el último recorrido de nuestro Señor en Galilea, donde había nada menos que doscientas cuatro ciudades. Jesús envió a sus discípulos a ministrar a las personas, de esa forma obtendrían experiencia en la predicación del evangelio. Por otra parte, entregó a los discípulos una visión compasiva de la humanidad y les enseñó la importancia de la oración y del poder de Dios. Además, les dio autoridad sobre los demonios y poder para sanar a los enfermos.

Durante el último año del ministerio de Jesús, el Señor abandonó Galilea para viajar con sus discípulos a los lugares más distantes de Palestina. Tuvo que dejar Galilea a causa de la hostilidad de sus adversarios. Herodes Antipas había dado muerte a Juan el Bautista, por lo que no era alocado pensar que podría también ir por él. Por otro lado, las multitudes querían coronarlo como rey para que lidere una revuelta contra los romanos. Otro motivo podría ser la necesidad de descansar y estar a solas con sus discípulos, con el fin de prepararlos para el final de su ministerio: la crucifixión. En Fenicia, Jesús curó a la hija de una mujer sirofenicia y, en Betsaida, devolvió la vista a un ciego. Sus milagros y enseñanzas se extendieron por Tiro y Sidón, al noroeste, por Cesarea de Filipo, al norte, y por Decápolis al este y sureste del mar de Galilea. Fue durante este tiempo que Jesús anunció su muerte a los discípulos. Esta noticia sería difícil de procesar por ellos, experimentando una falta de aceptación por la supuesta contradicción con el Mesías revolucionario que esperaban los judíos. En el caso de tres de sus discípulos, el evento de la transfiguración había abierto un poco sus ojos, aunque aún no eran capaces de entenderlo todo.

Jesús emprendió el camino hacia Jerusalén, donde dio varios discursos relacionados a las relaciones personales, incluyendo el trato que debemos dar a aquellos que no son de los nuestros, a los pequeños en el reino, al hermano que nos perjudica y al que nos ofende. El Señor se dirigió a Jerusalén con motivo de la Fiesta de los Tabernáculos, donde tenía como objetivo evangelizar a la provincia de Judea. En el camino, los samaritanos no quisieron darle alojamiento. A pesar de esto, Jesús llegó a Jerusalén. Durante su estadía allí, enseñó a la multitud, sanó a un ciego de nacimiento y curó a una mujer encorvada durante el día de reposo. Sin embargo, su ministerio en Jerusalén comenzó con el envío de los setenta a predicar el evangelio de salvación.

Las enseñanzas de Jesús en Judea hacían muchas veces mención de los maestros de la ley, como en el caso de la parábola del buen samaritano; y de hombres vanidosos, como en la parábola del rico insensato. Junto a esto instaba a las personas a estar preparadas para su regreso. Por otra parte, Jesús capacitó a sus discípulos en temas como la oración.

El Señor ya había predicado en toda Galilea, Decápolis, Cesarea de Filipo y Judea, sin embargo, quedaba pendiente la predicación en Perea, por lo que viajó hacia esa provincia para quedarse durante unos meses. En su estadía por Perea, algunos fariseos advirtieron a Jesús acerca de Herodes, sin



embargo, Jesús ignoró las amenazas. Sabía que su muerte se daría en Jerusalén. A medida que el Señor recorría Perea, una multitud cada vez más grande se congregaba para verlo. Fue en una de estas ocasiones que el Señor enseñó acerca del precio a pagar por ser su discípulo y el valor que las almas tenían para el Padre. Además, instó a sus discípulos a ser humildes y agradecidos, a esperar su venida, orando con fe y sinceridad.

Había llegado la hora de regresar a la ciudad santa y entregarse a la muerte. El concilio ya había dado la orden de apresarlo. Era la última semana de la vida terrena de nuestro Señor. Una serie de acontecimientos importantes ocurrieron durante esta semana. María ungió a Jesús en Betania, Cristo entró triunfante a Jerusalén, maldijo la higuera estéril y purificó el templo. Como desde un principio, fue probado por los fariseos en la cuestión del tributo al César, de la resurrección y del gran mandamiento. También en esta semana, Jesús dio un gran discurso escatológico, tocando temas como la caída de Jerusalén, el tiempo de angustia, la persecución contra el evangelio y la evangelización del mundo, la desolación de Jerusalén, la gran tribulación, y el regreso del Hijo del Hombre.

El último día de la vida mortal de nuestro Señor hace realidad el mensaje del evangelio: Cristo murió por nosotros, haciendo expiación de nuestros pecados para proporcionarnos salvación a todos los que en él creen.

Quedaban tan solo dos días para la celebración de la Pascua, cuando los sacerdotes conspiraron para prender a Jesús y matarlo. Sin embargo, debieron buscar la manera de apresarlo sin generar tumultos en el pueblo. Es aquí cuando nace la traición de Judas Iscariote. Es probable que se convenciera de que el Señor no establecería un reino terrenal y esto lo llevara a desilusionarse.

Respecto a la Pascua, da la sensación de que Jesús y sus discípulos la celebraron un día antes que el resto de Israel. Fue en esta festividad que el Señor instituyó la Santa Cena. Jesús había enviado a Pedro y a Juan a preparar todo para la fiesta. Mientras comía con sus discípulos la cena pascual, el Señor reveló que uno de los doce lo traicionaría. Después de instituir la Santa Cena, alertó a los discípulos acerca de su muerte en la cruz y la pérdida de confianza que sufrirían. No obstante, Pedro anunció con solemnidad que él no le negaría. Sin embargo, cumpliéndose lo predicho por Jesús, lo negó tres veces, pues había creído que era suficiente apoyarse en su propia confianza y no en el poder de Jesucristo.

Jesús se consagró finalmente en el Getsemaní. Se apartó de ocho de sus discípulos, quedándose con la compañía de tres de ellos: los tres a quienes el Señor quería cerca, intercediendo por él. Sin embargo, en el momento que debía estar solo, les pidió que velaran, pero fueron vencidos por el cansancio. Ese día luchó solo en oración, pidiendo al Padre que quitara de él la copa de sufrimiento, aunque en todo momento su oración no fue más que un claro reflejo de obediencia y absoluta dependencia.

Judas guio a las autoridades judías hacia el huerto de Getsemaní, donde entregó a Jesús por medio de una señal ya pactada: un beso. Una cuadrilla de la guardia del templo, acompañada de una turba armada, irrumpió durante la oscura noche. Pedro intentó intervenir, pero Jesús le prohibió hacerlo.



El proceso de Jesús estuvo repleto de irregularidades, ilegalidades e injusticias. En primer lugar, las autoridades lo habían condenado a muerte antes del juicio, por lo que el proceso era un circo que intentaba justificar tal decisión. Además, las leyes de aquel tiempo prohibían los procesos nocturnos, con el fin de evitar errores judiciales.

Después de encarcelar a Jesús, lo llevaron a la casa de Anás, el suegro del sumo sacerdote Caifás, para que lo interrogara.

Luego del interrogatorio de Anás, fue convocado el Sanedrín, el tribunal supremo judío. Como dijimos, el proceso judicial del Sanedrín fue totalmente corrupto. Según las normas del concilio judío, todo proceso debía comenzar con los testimonios a favor del reo. En este sentido, los jueces debían mantenerse imparciales, sin embargo, en el proceso del Señor, fueron ellos mismos quienes lo acusaron, sin contar con el hecho de que pagaron a testigos falsos para que declaren en su contra. Luego, tergiversaron los dichos de Jesús respecto al templo, con el fin de llamar la atención de Poncio Pilato, pues los encargados de guardar el templo eran los soldados romanos. Además, los judíos no tenían derecho a infligir la pena capital, por lo que debían hacer que Jesús compareciera ante un tribunal romano. Empero, la primera jugada de los acusadores fue invalidada por la falta de coincidencia en los testimonios.

Caifás, impaciente, exigió una confesión de Jesús sobre si él era o no el Mesías, a lo que el Señor contestó: “Yo soy”. Entonces, el sumo sacerdote rasgó sus vestidos en señal de blasfemia y pidió que se condenara al acusado. El concilio lo declaró culpable y reo de muerte. En ese mismo instante, los guardias del templo comenzaron a insultarlo y a golpearlo.

La condena podía declararse oficial solo durante el día. Así que repitieron el proceso para ratificarla en un proceso judicial que no fuera ilegal. Hicieron a Jesús la misma pregunta y el Señor volvió a dar la misma respuesta. Como la pena era de muerte, debían enviarlo al gobernador romano para que este la ratificara. Fue así cómo lo llevaron ante el procurador Poncio Pilato. Pilato se dio cuenta que lo único que quería el Sanedrín era que ejecutara la sentencia que ellos mismos habían dictado. Sin embargo, se negó a ser un simple títere del concilio judío, declarándolo asunto religioso y no civil. Dado este inconveniente, el concilio cambió sus acusaciones. Dijo que Jesús fomentaba el descontento hacia el Gobierno romano, que enseñaba al pueblo a no pagar impuestos y que se había autodesignado rey, incluso por encima del César. Pilato preguntó a Jesús si era el rey de los judíos. Su respuesta fue afirmativa, sin embargo, aclaró que su reino no era de este mundo. Entonces el procurador se vio presionado ante las nuevas acusaciones del Sanedrín, y al escuchar que lo llamaban Jesús de Nazaret, transfirió el caso a Herodes, gobernador de Galilea.

Fue así cómo lo llevaron a Herodes Antipas, pero Jesús no dijo una palabra en su presencia y no respondió a las preguntas del rey. Como respuesta a su silencio, Herodes se burló de él, declarándolo rey de los judíos en manera de broma. No obstante, no encontró en él ninguna falta, por lo que lo envió



nuevamente a Pilato. Pilato entonces convocó a los acusadores y quiso convencerlos de su inocencia, pero se negaron. No querían justicia, sino sangre. Entonces les propuso castigarlo con azotes y luego soltarlo, pero tampoco esto funcionó: querían ver a Jesús muerto. Quiso intentar algo más. Cada año el gobernador podía soltar a un preso que el pueblo eligiese. Tenía la esperanza de que eligieran a Jesús, sin embargo, decidieron liberar al zelote Barrabás, un enemigo del Imperio. Una vez más, el procurador intentó apaciguar la ira de los judíos, esta vez mandando a azotar a Jesús, pero la reacción no fue la esperada. El pueblo dio voces, diciendo: “¡Crucifícale!”. Por otra parte, los dirigentes del Sanedrín amenazaron con acusar de deslealtad a Pilato delante de César si liberaba a Jesús. Entonces Pilato se lavó las manos en señal de inocencia y condenó a Jesús a la pena capital: los judíos habían aceptado toda la responsabilidad por la muerte del Señor.

Los soldados lo llevaron al patio del procurador y se burlaron de él, poniéndole por encima un viejo manto escarlata. Luego trenzaron unas ramas de espinos, formando una corona y la clavaron en su cabeza. Finalmente, pusieron en su mano derecha una caña, imitando un cetro real. Entonces se agachaban y se burlaban, “alabando” al nuevo rey. Luego lo escupieron y golpearon.

Jesús recorrió el camino hacia el calvario, el que la tradición llamó “la vía dolorosa”. Los romanos hacían cargar su propia cruz a los condenados que serían crucificados, mientras que las personas en la ciudad, así sea por odio, compasión o curiosidad, se agolpaban para ver la escena. Lo que sí había excedido las costumbres romanas era la cantidad de azotes y golpes que había recibido Jesús, lo que dejó su cuerpo débil e incapaz de hacer todo el recorrido mientras cargaba la pesada cruz. Fue entonces que los soldados obligaron a Simón de Cirene a cargarla. Mientras tanto, llevaron a Jesús hasta el Gólgota. Allí le ofrecieron algo de beber con el fin de aliviar su sufrimiento, pero él lo rechazó.

Jesús pasó seis horas clavado a la cruz. Antes de clavar las manos y los pies del reo, los romanos solían atarlo con cuerdas desde el torso, los brazos y las piernas, las cuales quitaban luego de elevar la cruz. Además, clavaban al madero un rótulo con el nombre y la causa de ejecución. El de Jesús decía: “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”, un mensaje de Pilato a los judíos, quienes lo habían presionado para que condenara a muerte a un inocente.

Para los romanos se trataba de una ejecución más. El reparto de las vestiduras entre los verdugos era una costumbre que se llevaba a cabo con todos los crucificados.

Cristo fue crucificado a las nueve de la mañana. Al mediodía, las tinieblas llenaron el lugar. A las tres de la tarde, entregó su espíritu.

Luego de su muerte, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, y hubo un gran temblor en la tierra. Luego de unos días, las personas empezaron a ver a algunos santos que habían resucitado de entre los muertos.

Los romanos dejaban los cuerpos clavados sobre el madero, para que los cuervos y los perros terminaran finalmente con ellos o se pudriesen, pero la ley judía exigía que los cuerpos fueran enterrados



el mismo día de su ejecución. La familia de Jesús no tenía sepultura en Jerusalén, por lo que José de Arimatea, miembro del Sanedrín, pidió el cuerpo y lo sepultó, con la ayuda de Nicodemo, en su propio sepulcro familiar. Las mujeres que habían presenciado la ejecución del Señor acompañaron el cuerpo hasta la tumba. Mientras tanto, los principales sacerdotes y fariseos, tras la promesa de Jesús de que resucitaría al tercer día, convencieron a Pilato de que tomara medidas especiales de vigilancia en el sepulcro, puesto que los discípulos podían robar el cuerpo con el fin de convencer al pueblo de la mentira de que Jesús había resucitado. Por lo tanto, cerraron el sepulcro con una piedra grande, semejante a una rueda de carro. Luego sellaron la piedra y colocaron dos guardias.

Sin embargo, el primer día de la semana, el sepulcro quedó vacío, y Jesús apareció a dieciséis personas en cinco ocasiones. ¡El Mesías había triunfado sobre la muerte! Comió y bebió con los discípulos, y pudieron tocar sus cicatrices. No obstante, tenía un cuerpo glorificado, celestial.

Durante el día de la resurrección ocurrieron cuatro sucesos. El primero de ellos sucedió cuando las mujeres visitaron el sepulcro y vieron la piedra removida. Los guardias habían ido a Jerusalén para avisar a los principales sacerdotes. En el lugar del sepulcro, dos ángeles aparecieron a las mujeres para reafirmar la resurrección de Cristo, entonces ellas volvieron a Jerusalén para contar a los discípulos lo que habían visto. Pedro y Juan corrieron al sepulcro, lo encontraron vacío y volvieron a Jerusalén. Luego, María Magdalena y la otra María, fueron al sepulcro y allí se les apareció Jesús (la primera aparición del Cristo resucitado). Ese mismo día se le apareció a Pedro, a los discípulos que caminaban hacia Emaús y a diez de sus discípulos en Jerusalén (faltaba Tomás).

En cuarenta días, el Señor se apareció unas diez veces a sus discípulos (en Jerusalén y en Galilea), a más de quinientos creyentes, a su hermano Jacob, a siete de sus discípulos a orillas del mar de Tiberias y a los que se reunieron el día de la ascensión.

Luego de dar las últimas instrucciones a sus discípulos, fue con ellos hasta una colina cerca de Betsaida, donde, después de darles la Gran Comisión, ascendió a los cielos hasta ser recibido por una nube. Dos ángeles aparecieron a los espectadores para reafirmar un importante mandamiento: debían esperar su venida. La misma venida que hoy nosotros esperamos. ¡Maranata!



3. La iglesia primitiva

Los cristianos de la iglesia primitiva eran guiados por la presencia y enseñanzas de Cristo, por lo tanto, se trataba de una sola iglesia y una única observancia de la doctrina. No solo eso, sino que la Palabra del Señor era el único patrón para seguir en todos los aspectos de la vida. Por lo tanto, podemos asumir que la iglesia primitiva respetaba y seguía las enseñanzas de Cristo, y esto nos lleva a un concepto de suma importancia: la autoridad bíblica.

El concepto de autoridad bíblica tiene varias aristas. En primer lugar, Jesucristo fue reconocido como la Cabeza de la iglesia. Él es el Señor (Hechos 2:36; Romanos 10:9; Filipenses 2:11), es decir, el que tiene propiedad o pertenencia (por ejemplo, de un siervo) y, además, ejerce autoridad sobre ello. Dicho esto, la iglesia primitiva fue fundada bajo el señorío de Jesucristo (Mateo 16:15-18; 1 Corintios 3:11), por lo que su autoridad es dada por aquel que la estableció. No solo esto, sino que también está bajo su autoridad y, por ende, la autoridad de su Palabra. Jesús es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia (Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18). Así como la cabeza lidera a todo el cuerpo, la iglesia se mueve según las órdenes de quien tiene autoridad: la Cabeza de la iglesia, Jesucristo (Mateo 28:18-20).

Por otra parte, los apóstoles eran embajadores de Cristo, por lo tanto, fueron enviados por él, hablaron en su nombre y lo representaron entre los hombres (2 Corintios 5:20). Esta idea nos lleva a pensar que rechazar a los apóstoles es rechazar directamente a Jesús y al Padre (Lucas 10:16) y, recibirlos, es recibir también a Jesús y al Padre (Juan 13:20). Tanto la palabra de Dios como la guía del Espíritu Santo fue dado a los apóstoles (Juan 16:7-14; 14:26; 15:26).

Tanto la Palabra escrita como la hablada fueron consideradas autoritativas. La Escritura es inspirada por Dios (2 Timoteo 3:16-17), es decir que su fuente u origen es Dios. Usamos el término “Escrituras” para referirnos a los libros autorizados que tienen su origen en Dios. En este sentido, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son considerados Escrituras (1 Timoteo 5:18; Deuteronomio 25:4; Lucas 10:7). Las Escrituras son la completa revelación de la voluntad de Dios para el hombre y, si son de Dios, entonces también son inequívocas, completas y suficientes (2 Timoteo 3:16-17). No solo Dios entregó su palabra a hombres santos para que las escribieran, sino también les dio una fe, es decir, un evangelio (Gálatas 1:23, 6-9; Romanos 1:16). Esta fe fue “una vez dada a los santos” (Judas 3).

Ahora, la inerrancia bíblica no llevó a la iglesia primitiva a seguir el pacto mosaico. Ellos hacían la distinción entre el Antiguo y Nuevo Testamento basados en un nuevo pacto en Jesucristo (Efesios 2:14-15; Colosenses 2:13-17; Hebreos 10:9; 8:6-13). Varios libros del Nuevo Testamento se dedican exclusivamente a este tema (Gálatas; Hebreos y Romanos). Sin embargo, no dejaron nunca de reconocer el valor del Antiguo Testamento (Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11) y considerar cada uno de sus eventos como verdaderos (como la Creación y el Diluvio, 2 Pedro 3:5-6).



Debemos hablar también de la uniformidad de su doctrina. Una única doctrina se enseñaba en las iglesias. Algo diferente a esto era considerada una falsa doctrina que debía ser corregida por medio de las enseñanzas del Señor y sus apóstoles. Pablo dijo que Timoteo era testigo de su “... *proceder en Cristo, de la manera que enseñó en todas partes y en todas las iglesias*” (1 Co. 4:17). Timoteo a su vez repitió lo que había escuchado de Pablo (2 Timoteo 2:2), el cual enseñaba la misma doctrina en cada una de las iglesias, tanto de manera oral como escrita (2 Tesalonicenses 2:16; compárese con 2 Pedro 3:1-2; 1 Juan 2:21). En muchas de las cartas se anima a la iglesia a recordar la enseñanza de los apóstoles cuando estuvieron con ellos. Con respecto al velo, Pablo dijo, “... *nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios*” (1 Co. 11:16), por lo que podemos ver también una uniformidad en las costumbres. La iglesia primitiva respetó y obedeció la palabra autorizada de Dios. Fueron la respuesta a muchas preguntas y dieron solución a muchos problemas, a través de la apelación a la enseñanza del Señor y a la enseñanza oral o escrita de los apóstoles y profetas.

La evidencia del Nuevo Testamento apunta al Pentecostés como el tiempo del establecimiento de la iglesia. La palabra española “iglesia”, la alemana *kirch*, y la escocesa *kirk* derivan del adjetivo griego *kuriakos*, el cual se refiere más bien al “edificio de la iglesia”. El Nuevo Testamento no utiliza esta palabra con el mismo sentido, sino en el sentido de la palabra griega *ekklesia* (ἐκκλησία), usada para describir una congregación o asamblea. La palabra *ekklesia* se compone de *ek* ‘fuera de’ y *klesis* ‘llamado’, es decir, “una reunión de ciudadanos llamados fuera de sus hogares a algún lugar público”. En este sentido, se trataba de la “asamblea de Dios” o la “reunión de Dios”, ya que eran convocados por Él. La palabra “iglesia” es usada en cuatro sentidos en el Nuevo Testamento: en un sentido general o universal que designa a todos los salvos (Mateo 16:18; Efesios 4:4; 1:22-23); una iglesia local en una localidad específica (Mateo 18:15-18; 1 Corintios 1:2; 1 Tesalonicense 1:1); y una congregación de cristianos que se juntan para adorar (1 Corintios 11:17; 14:4, 5, 28). El término iglesia es el sustantivo colectivo que describe a un grupo de cristianos, así sea en una sola iglesia local o en una pluralidad de iglesias locales (Romanos 16:16). Por otra parte, la iglesia no tiene un nombre como tal. El Nuevo Testamento hace referencia a los individuos que conforman la iglesia como cristianos (aquellos que pertenecen a Cristo (Hechos 11:26; 26:28; 1 Pedro 4:11), discípulos (aprendices, Hechos 11:26); santos (apartados, Filipenses 1:1). Hemos visto que el término “iglesia” hace referencia a un grupo de personas que han sido llamadas fuera del mundo, y que, por lo tanto, tienen la responsabilidad de mantenerse separados de este (2 Corintios 6:17-7:1; Efesios 5:6-14).

También es llamada “cuerpo”, indicando un organismo viviente que funciona gracias a la Cabeza, Cristo. El cuerpo, a su vez, está compuesto de muchos miembros (Efesios 4:4; 1 Corintios 12:12, 14, 20, 27). Aclarado esto, podemos afirmar que un miembro no es el cuerpo (véase también Mateo 18:15-17; 1 Timoteo 5:16).



Cada miembro es necesario para que el cuerpo esté completo, con el fin de que funcione de manera apropiada. Por otra parte, el cuerpo debe crecer (Efesios 4:15-16) y mantenerse puro, libre de contaminación (1 Corintios 6:18-7:1).

La iglesia es también mencionada como la esposa de Cristo. Claramente es una figura relacionada con el matrimonio. La iglesia está casada con Cristo. Cristo es el marido de la iglesia. Este es un concepto veterotestamentario utilizado en la relación entre Israel y Dios (Ezequiel 16:8, libro de Oseas). La iglesia, como la esposa de Cristo, debe honrarlo y mantenerse pura y fiel.

Por último, se menciona a la iglesia como “la casa de Dios” (Efesios 2:19; 1 Timoteo 3:15). Esta es una figura doméstica, donde Dios es el padre (2 Corintios 6:16-18) y los cristianos son los hijos (Romanos 8:16-17). El término “casa” indica una familia o grupo familiar (Hechos 16:15, 31-34; Hebreos 11:7). La casa de Dios es la iglesia del Dios viviente (1 Timoteo 3:15). Uno se hace parte de la familia de Dios por medio del nuevo nacimiento (Juan 3:3-5). Este es un llamado a la responsabilidad y a la obediencia, pues el Señor espera completa obediencia de parte de sus hijos.

¿Cuál es la misión de la iglesia? Proveer una unidad de comunión (coparticipación espiritual) para el salvo. Toda persona salva es un miembro de la iglesia. Somos llamados a tener comunión con Jesucristo y con aquellos que obedecen el evangelio. Por otra parte, la iglesia está llamada a adorar a Dios con todo su ser y en todo tiempo.

Sin embargo, ¿cuándo comenzó el cristianismo y qué circunstancias tuvieron que atravesar los primeros cristianos para que hoy sigamos hablando del Señor?

El cristianismo surgió como una consecuencia del judaísmo. Este era una verdad que los cristianos no ignoraban, pues se trataba de sus propias raíces: creían en las mismas Escrituras e incluso adoraban al mismo Dios, Creador y Gobernante de este mundo. Jesucristo no solo creció en una familia judía, sino que sus enseñanzas y prácticas tenían un sello judío. Muchos de los primeros cristianos adoraban en el templo, guardaban el día de reposo y creían ser “verdaderos judíos” que habían encontrado al Mesías, Jesús de Nazaret.

Durante un tiempo, el cristianismo gozó de una relativa paz con el Imperio romano, debido a los acuerdos con los judíos, pues creían que esta pequeña religión no era más que una secta dentro del judaísmo. Sin embargo, como vemos en el libro de Hechos, los «seguidores de Jesús», eran perseguidos por los judíos. El historiador Mark Noll dice que la destrucción de Jerusalén (año 70) fue el primer punto de inflexión en la historia de la iglesia, pues fue en este momento que esta fue expulsada de la protección del judaísmo.

Jesús nació en una tierra perteneciente al Imperio romano. Durante los siglos I y II, los emperadores romanos extendieron sus dominios (su reino se extendía desde Bretaña hasta el Sahara, y desde España hasta Irak).



Para comienzos del siglo II, Roma era la única superpotencia del mundo y se encontraba en medio de un intervalo de doscientos años, conocido como la *pax romana*, donde casi no había guerras con otras naciones. Sin embargo, esto no los libraba de los conflictos internos. El Imperio romano debía enfrentarse a una serie de rebeliones locales casi continuas, particularmente entre los judíos.

Dado que el Imperio creció en autoridad y prominencia, el culto oficial de Roma, la adoración del mismísimo emperador pasó a ser una obligación para todo habitante en el Imperio. Adicionalmente, las nuevas filosofías y escuelas de pensamiento cambiaron la atmósfera religiosa durante algún tiempo.

El Imperio romano fue el escenario para la mayor parte de la expansión del cristianismo. Podemos ver en el libro de Hechos cómo el evangelio cristiano se extendió desde Jerusalén hacia todo el Mediterráneo oriental, terminando en Roma, la capital del Imperio, a principios de los años 60. Cien años más tarde, por el año 150, encontramos reportes de cristianos esparcidos a lo largo de todo el Imperio, incluyendo las provincias romanas en el oriente del Mediterráneo, norte de África, e incluso en las regiones galas. Hoy sabemos que se extendió mucho más allá del Imperio, hasta la India e incluso hasta el sur de Etiopía.

La mayoría de los primeros cristianos vivieron en ciudades. En general, eran personas de clase media, aunque también había entre ellos algunos de clases más bajas e inferiores. Muchos de ellos tenían un trasfondo judío helenizado, pero otros provenían de todo tipo de etnias y orígenes religiosos.

Este crecimiento no se produjo sin sufrimiento. Durante los primeros trescientos años de la historia cristiana, estallaron numerosas persecuciones en contra de los cristianos, donde muchos hijos de Dios dieron su vida como mártires. Las persecuciones eran en su mayoría locales, impulsadas por oficiales de las provincias. Miles de cristianos fueron torturados y asesinados de las formas más espantosas y crueles. Podemos ver esto en el Nuevo Testamento: desde el martirio de Esteban, hasta los encarcelamientos de Pedro y Pablo, incluso en las exhortaciones de Pedro dirigidas a los creyentes que sufrían la persecución de Nerón. Si alguien se pregunta si Jesús es un engaño, debería considerar que quienes lo conocieron mejor estuvieron dispuestos a morir por lo que creían que él era. Por ejemplo, Pablo fue encarcelado bajo el imperio de Nerón, luego fue decapitado en Roma; Santiago, hermano de Juan, fue decapitado por Herodes (Hechos 12:2); Tomás fue hasta la India donde fue asesinado a flechazos; Simón Pedro fue crucificado (según Jerónimo) boca abajo en Roma, durante el Gobierno de Nerón; Simón el zelote predicó en toda África, y fue crucificado; Marcos fundó la iglesia en Egipto, y fue quemado vivo; Bartolomé predicó en Armenia y, luego de diversas persecuciones, fue golpeado y desollado; Andrés evangelizó en Etiopía y fue crucificado; Mateo predicó en Egipto y Etiopía, hasta que por órdenes del rey fue atravesado con una lanza; Felipe ministró en Grecia y fue crucificado; Santiago, el hermano de Jesús, fue golpeado hasta la muerte por fariseos y saduceos; el apóstol Juan fue exiliado a la isla de Patmos y falleció por causas naturales.



Se desató una temprana y famosa persecución durante el imperio de Nerón. El incendio de Roma, en el año 64, hizo que culparan a Nerón por la tragedia. Tácito escribe: “Para acabar con este rumor, Nerón tachó de culpables y castigó con refinados tormentos a esos que eran detestables por sus abominaciones y que la gente llama cristianos. Este nombre les viene de Cristo, que había sido entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilato durante el principado de Tiberio [...]. Empezaron, pues, a apresar a los que confesaban su fe; luego, basándose en sus declaraciones, apresaron a otros muchos que fueron convictos, no tanto del crimen de incendio como de odio contra el género humano. No se contentaron con matarlos; se ideó el juego de revestirlos con pieles de animales para que fueran desgarrados por los dientes de los perros, o bien los crucificaban, los embadurnaban de materias inflamables y, al llegar la noche, ellos iluminaban las tinieblas como si fueran antorchas. Nerón abrió sus propios jardines para estos espectáculos”. Este cruel emperador persiguió a los cristianos por tres razones: para distraer la atención del gran incendio, por la hostilidad que tenía hacia los cristianos por estar en contra del culto imperial y por la hostilidad de la comunidad judía hacia los cristianos. Tertuliano escribió que cada vez que ocurría un desastre natural, ya fuera por inundación o sequía, la gente gritaba: “¡Los cristianos a los leones!”. Por otra parte, debido a que los cristianos hablaban acerca del amor entre hermanos, refiriéndose a los miembros de su comunidad, algunas veces se les acusaba de incesto. Y como si fuera poco, la Cena del Señor dio lugar a muchas acusaciones de canibalismo.

Más tarde, Nerón se quitó la vida. Solo dos años después, en el 70, las fuerzas romanas reprimieron otra rebelión judía, destruyendo con eso el templo de Jerusalén.

En el año 98, el emperador Trajano lanzó una campaña contra la iglesia que duraría casi dos décadas. Durante este tiempo, algunos cristianos profesantes renunciaron a Cristo con el fin de sortear su muerte y la de su familia.

Luego de Trajano, hubo un período de relativa tranquilidad, cerca del año 125, hasta el reinado de Marco Aurelio (161-180), quien desencadenó una nueva campaña de persecución.

Muchos cristianos fueron martirizados durante estos años, entre ellos importantes líderes de la iglesia. Luego de esta temporada de prueba, los cristianos disfrutaron otras dos décadas de relativa paz, mientras que la fe continuaba creciendo por todo el Imperio. A partir del año 197 hasta el 212, se despertó nuevamente la persecución: los linchamientos en Alejandría, los ataques de la mafia en Roma, las ejecuciones judiciales en Cartago. La fe de los creyentes había sido nuevamente puesta a prueba.

La persecución fue disminuyendo hasta el 235, cuando comenzó otra vez a crecer. En el año 250, el nuevo emperador Decio asumió el trono con la promesa de restaurar a Roma a su gloria anterior, por lo tanto, ordenó que todos los ciudadanos participaran en sacrificios públicos a los dioses romanos. Aquellos que se negaban eran considerados traidores y se les castigaba severamente o se les ejecutaba. Algunos cristianos evitaban los sacrificios y coimeaban a los funcionarios romanos, librándose así del castigo.



Muchos apostataron y negaron su fe. Otros huyeron al exilio. Los que resistieron, fueron ejecutados.

La iglesia se había vuelto complaciente y no estaba preparada para manejar la persecución. Muchos se dividieron y se enfrentaron entre sí, proclamando lo que para ellos era una fe genuina y comprometida. Antes de poder llevar a cabo su exterminio contra la Iglesia, Decio murió en el campo de batalla, y la persecución disminuyó por un par de años. Y así continuó la persecución durante todo el siglo II, de la mano de Valeriano, Diocleciano y Galerio, hasta la llegada de Constantino.

4. El programa evangelístico

El programa evangelístico que podemos ver en la iglesia primitiva estaba relacionado con el poder del Espíritu Santo, la unidad, la comunión con Cristo y la oración. Elementos con los cuales cuenta también la iglesia actual. También hoy tenemos al alcance una cantidad de herramientas para que la palabra del evangelio llegue a más personas en menor tiempo. Sin embargo, y como era de esperar, la iglesia primitiva utilizaba los recursos que estaban a su alcance. El más importante de ellos fue la valentía para expresar el evangelio de manera pública y abierta. Iban por las calles y las plazas anunciando que la única fuente de salvación era Jesucristo (a pesar de las limitaciones que tenían para ejercer este derecho). Por otro lado, transmitieron el mensaje a las personas de manera individual, a través de su propio testimonio. Contaban cómo Cristo había producido un cambio real en ellos, haciendo que muchos desearan una transformación similar en sus vidas.

Otra forma de entregar el evangelio era a través del bien común. Aceptaban a cualquier persona, sin importar su origen, raza o religión, permitiéndoles alcanzar el evangelio de Cristo y cambiar sus vidas. De esta manera, podían disfrutar de una nueva familia con un mismo propósito. Unirse a una comunidad de hermanos y dar sentido a sus vidas a través de una vida separada para Dios.

La obra misionera era también un medio, en el sentido de que el misionero necesitaba ser sostenido por la comunidad para establecerse en un lugar. Por esta razón, los apóstoles y creyentes de la iglesia primitiva se esforzaban por enviar a los hermanos a diversas regiones, ayudándolos en su sustento, con el fin de darles la libertad para predicar el evangelio.

5. Condiciones sociopolíticas para el evangelio

Se había dado en el Imperio romano las condiciones para una rápida difusión y asimilación de la cultura romana del mensaje de la muerte y resurrección de Jesucristo. Las conquistas de Alejandro Magno hicieron del griego el idioma del Mediterráneo. Esto hizo que las barreras idiomáticas desaparecieran y el mensaje de Cristo avanzara con rapidez de boca en boca y por medio de la literatura escrita. Además,



los judíos se encontraban esparcidos por todo el Imperio. Pablo iba directo a las sinagogas de cada ciudad que visitaba, para proclamar el mensaje del Cristo resucitado.

La infraestructura del Imperio no tenía precedentes. Un sistema de vías atravesaba la tierra, y el Gobierno daba protección a los viajeros. Existían extensas rutas de intercambio dentro de los límites del Imperio y con otras civilizaciones, siendo una entrada útil a Europa y Asia. Con independencia de sus intenciones, incluso las persecuciones romanas a los cristianos ayudaron a la propagación del evangelio. Como leemos en Hechos 8:1-4, cuando la persecución estalló, los cristianos en Jerusalén fueron esparcidos a lo largo de toda la región, donde siguieron predicando las buenas noticias de Cristo.

6. Símbolos cristianos de los primeros siglos

Algunos de los símbolos que hoy se consideran cristianos tienen un origen anterior y fueron utilizados por otras religiones. Otros son originarios de los primeros tiempos de la cristiandad y se mantienen hasta hoy.

El *ichtus*



Sin duda, uno de los más conocidos es el *ichtus*, formado por dos arcos que se intersectan para formar la figura de un pez. Justamente, la palabra *ichtus* (*ikhthýs*) significa ‘pez’. Esta palabra en letras mayúsculas se escribe IXΘΥΣ, algo que podemos ver muchas veces escrito dentro del símbolo. Esto se debe a que forman un acrónimo: I (*Iota*), la letra inicial de la palabra Jesús (Ἰησοῦς); X (*Chi*): letra inicial de la palabra Cristo (Χριστός); Θ (*Theta*): letra inicial de la palabra Dios (Θεοῦ); Y (*Upsilon*): letra inicial de la palabra Hijo (Υἱός) y Σ (*Sigma*): Letra inicial de la palabra Salvador (Σωτήρ).

Por lo tanto, podría entenderse como un acrónimo de “Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador”.

El *ichtus* fue un símbolo secreto utilizado por los primeros cristianos, siendo el pez un elemento repetitivo en los evangelios. Hasta ahora, los más viejos datan del siglo II, aumentando su uso en los siguientes dos siglos.



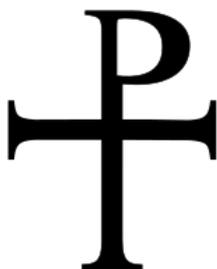
El crismón



El crismón es también conocido como Chi Ro, las primeras letras de la palabra griega Cristo (ΧΡΙΣΤΟΣ): Chi (Χ) y Ro (Ρ). Este símbolo comenzó a utilizarse en el siglo IV, luego de que el emperador Constantino lo usara como estandarte. En muchas ocasiones, va acompañado de otros dos símbolos: el alfa y omega.

Según algunas fuentes, el crismón era utilizado en épocas precristianas para abreviar la palabra “*chreston*” ‘útil’, una expresión que se escribía en los márgenes de las páginas de algunas obras, con el fin de identificar pasajes interesantes.

El estaurograma



El estaurograma es conocido también como cruz monogramática o Tau-Ro. Este símbolo está formado por las letras griegas Tau y Ro, con el fin de abreviar la palabra griega *staurós* (σταυρός), que significa ‘cruz’ y *staurōō* (σταυρώω), que significa ‘crucificar’.

Podemos ver también este símbolo representado junto al alfa y omega. El estaurograma había sido usado en épocas precristianas. Se encontró, por ejemplo, una moneda herodiana con este símbolo, en una fecha anterior al comienzo del cristianismo, aunque se desconoce su significado.

Los cristianos lo utilizaron sobre todo en los siglos IV al VI. Es uno de los pocos símbolos que además hacen una referencia visual de la crucifixión de Jesucristo.



Alfa y omega

α ω Α Ω

Alfa y omega son la primera y última palabra del alfabeto griego. Los cristianos las utilizaron para representar el principio y el fin, es decir, la naturaleza eterna de Dios.

El libro de Apocalipsis hace referencia a este símbolo. Entre ellos, el más conocido es Apocalipsis 1:8: *“Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”*.

Se cree que este símbolo recién comenzó a utilizarse en el siglo IV. Es común verlo combinado con otros símbolos del cristianismo, como el crismón.

A pesar de tratarse de un símbolo con letras griegas, ha sido muy utilizado en la iglesia occidental, y no tanto en la ortodoxa de Oriente.

La cruz cristiana



Este es el símbolo más importante del cristianismo. Consiste en dos líneas perpendiculares que se intersectan. Es una clara referencia a la cruz donde murió el Señor Jesucristo.

Aunque se crea lo contrario, este símbolo no fue utilizado por la iglesia primitiva, pues hacía una referencia directa a un método de ejecución que aún se utilizaba en aquella época. Poco a poco, sobre todo al final del siglo II y siglo III, la cruz comenzó a relacionarse con el cristianismo.

La cruz es un símbolo que ya había sido utilizado, aunque con sus variaciones, por varias religiones anteriores al cristianismo. Por ejemplo, se usó en Egipto el anj ‘vida’ o también denominada “cruz ansada”. Los hinduistas, por su parte, utilizaron la esvástica, llamada también “cruz gamada”, asociada hoy con el nazismo.

Además, existen dentro del cristianismo variaciones de la cruz según las distintas ramas.



La iglesia católica acostumbra a utilizar la cruz latina, la cual consiste en dos líneas, una de las cuales es un poco más larga que la otra, y que además suelen adornar en sus extremos:



La iglesia ortodoxa, sin embargo, suele utilizar la cruz de ocho brazos:



Existen además muchas otras variaciones. A continuación, veremos las más relevantes:



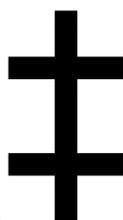
Cruz griega



Cruz papal



Cruz patriarcal o de Lorena



Cruz de Lorena



Cruz de Tau



Anj cristiano

Cruz de San Pedro o cruz invertida

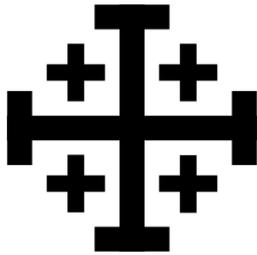


La cruz de San Pedro tiene la misma forma que la cruz latina, pero invertida. Este símbolo tiene su



origen en la crucifixión de Pedro, el cual consideró no ser crucificado igual que su Señor, por lo que pidió que lo crucificaran de cabeza. En un principio, la cruz invertida fue vista como un símbolo de humildad. Comúnmente no se utiliza en ámbitos cristianos a causa de que este símbolo comenzó a ser utilizado por distintas corrientes satánicas.

Cruz de Jerusalén



La cruz de Jerusalén es conocida por haberse utilizado durante las Cruzadas. Es también llamada “cruz de Tierra Santa”. Este es un símbolo que marca un período histórico del cristianismo.

Está formada a partir de otras cinco cruces, con una cruz central (cruz potenziada) en forma de cruz griega con remates rectos en sus extremos. Se completa el símbolo con cuatro cruces griegas menores (crucetas) en cada cuadrante de la cruz central.

Algunos historiadores afirman que, mientras la cruz central representa a Jesucristo, las crucetas representan a los cuatro evangelistas. También es posible identificar las cinco cruces con las cinco heridas que recibió el Señor en la crucifixión.

Monograma IH



El monograma IH ha sido utilizado como una abreviación de Jesús. Las letras I (*Iota*) y H (*eta*) son las dos primeras letras de la palabra “Jesús” en griego (IHΣΟΥΣ).



Monograma IX

IX

Como en el caso del monograma IH, está formado con la letra griega I (*Iota*) y X (*Chi*), con el fin de abreviar las palabras “Jesús” y “Cristo”. En griego estas dos palabras se escriben ΙΗΣΟΥΣ y ΧΡΕΙΣΤΟΣ.

Monograma IHS

IHS

Podemos encontrar este monograma con distintas variaciones (JHS, IHC o IHΣ). Estas letras son una abreviación de las palabras *Iesus Hominum Salvator* ‘Jesús Salvador de los Hombres’.

Este monograma fue adoptado como emblema por Ignacio de Loyola al fundar la orden de los jesuitas o Compañía de Jesús. Puede verse este emblema junto a tres clavos (referentes a la pasión) dentro de un sol radiante (referente a la resurrección).

Monograma IC XC

IC XC
NI KA

Este símbolo pertenece a la tradición cristiana oriental. Se forma a partir de la primera y última letra de las palabras “Jesús” y “Cristo” escritas en griego (ΙΗΣΟΥΣ y ΧΡΕΙΣΤΟΣ). Este monograma utiliza la sigma lunada C en lugar de Σ.

Comúnmente se acompaña de la palabra NIKA, que significa “Jesucristo conquista” (*nikao* ‘conquistar’), haciendo referencia a la conquista de Jesús sobre la muerte.



El ancla



El ancla ha sido siempre un símbolo de seguridad. Para los cristianos representaba la esperanza en la resurrección y la vida eterna, pero sobre todo era una señal de que se mantenían firmes en los fundamentos de la fe: *“... para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo...”* (He. 6:18-19).

Este símbolo también está relacionado con otros de índole marítimo, como el *ichtus*, por lo que es posible verlos juntos.

Se suele además utilizar el símbolo del ancla para disimular el símbolo de la cruz latina. Por esta razón, en muchas ocasiones se habla de la “cruz anclada”.

Paloma

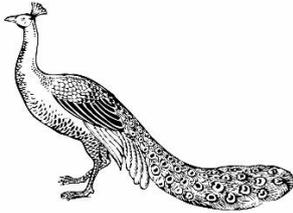


El símbolo de la paloma es muy utilizado en el cristianismo. Es mencionada en los evangelios con relación al bautismo de Jesucristo: *“... y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”* (Lc. 3:22). Por lo tanto, la paloma pasó a ser un símbolo del Espíritu Santo, algo que puede verse mucho en la pintura religiosa de todas las épocas.

La paloma también aparece en el libro de Génesis: *“Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra”* (Gn. 8:11). De aquí que se ha hecho una variación de este símbolo donde se coloca en el pico del animal una rama de olivo, representando el símbolo de la paz. En el sentido bíblico, la paz con Dios luego del juicio universal expresado en el Diluvio.



Pavo real



Este símbolo ha sido empleado en el arte cristiano para representar la inmortalidad. En la antigüedad, creían que la carne del pavo real no se descomponía luego de la muerte del animal. Además, los ojos del plumaje representaban el ojo de Dios que todo lo ve.

Dado que el plumaje del pavo real cambia cada año, esto se veía como una representación de la resurrección. En algunas representaciones pictóricas, el pavo real aparece bebiendo el contenido de un cáliz: una imagen que pretende simbolizar la vida eterna.

Este símbolo fue muy usado por la iglesia ortodoxa, aunque puede verse también en el catolicismo medieval.

Pelícano

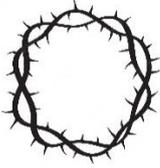


El pelícano simboliza la pasión de Cristo. Estas aves salen en busca de peces para alimentar a sus crías. Se creía que, si por alguna razón el pelícano no encontraba alimento para sus crías, se lastimaba con el fin de alimentarlas con su sangre.

Los católicos pusieron el enfoque en los pichones que toman de la sangre como un símbolo de la eucaristía, es decir, con beber la sangre de Cristo. Es por eso por lo que podemos ver algunos pelícanos en elementos como altares o columnas de la iglesia católica.



Corona de espinas



Como es evidente, la corona de espinas hace referencia a la pasión de Cristo. Según los evangelios, los romanos coronaron a Jesús con una corona de espinas antes de crucificarlo, con el fin de humillarlo mientras hacían reverencias burlándose de él: *“Y los soldados entretejieron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura”* (Jn. 19:2).

Los tres clavos



Al igual que la corona de espinas, este también es un símbolo de la pasión de Cristo. Un escrito anónimo del siglo XVIII decía lo siguiente respecto a los clavos: *“La crucifixión era un método para impartir pena y condena a quienes eran señalados por la justicia del hombre. Clavar a los juzgados a la cruz era un hecho que causaba extremo dolor. Pues la gravedad hacía que el peso de su cuerpo solo fuera soportado por estos tres clavos. El clavo derecho significa que estamos libres de culpabilidad. El segundo clavo en su mano izquierda significa la cancelación de todos los argumentos de Satanás. Y el tercer clavo, el de sus pies, significa victoria sobre la opresión, por eso no debemos vivir en opresión, pues Cristo pagó para cancelarlo”*.

Pan y vino



El pan y el vino son los símbolos de la Última Cena, donde Jesucristo ofreció estos elementos a los apóstoles con el fin de sellar el nuevo pacto: *“Tomad, comed: esto es mi cuerpo que por vosotros es*



partido: haced esto en memoria de mí. Asimismo, tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre: haced esto todas las veces que bebiereis, en memoria de mí” (1 Co. 11:24-25).

El pan y el vino representan el cuerpo y la sangre de Jesús. Los cristianos repiten la última cena para recordar y reforzar el mensaje de Jesús: “... *haced esto todas las veces que bebiereis, en memoria de mí*”.